

POR QUÉ CREO QUE MILANI ES EL GRAN PEDAGOGO DEL SIGLO XX

Why do I think that Milani is the great Pedagogue of the 20th century?

Antonio García Madrid

RESUMEN: *“El bien no hace ruido”. “La verdad no se presenta nunca de faralaes”. Este parece ser el caso de Barbiana y de Lorenzo Milani, una escuela en una alquería perdida –más que perdida, una hormiga en medio del Sahara podría ser el mejor símil– y un “priore” bien vaqueteado y macerado por la jerarquía católica y por sus hermanos(sic) en el sacerdocio, que ejerció de maestro sin haber tomado la alternativa escolar previa (un funambulista sin red). Una y otro, escuela y maestro, aun perdidos en la nada de la cotidianidad más cruda y adversa, y por ello mismo condenados al olvido y a la ignorancia de todos, se han convertido en modelo excelso de la educación del siglo XX por las razones que expongo: por la simplicidad de la teoría, por la pregunta por el misterio en el corazón de la educación, por ser ejemplo de la vacuna contra la utopía tóxica y por el potencial de ejemplaridad que contienen.*

Palabras clave: *Lorenzo Milani, escuela de Barbiana, vanguardias en educación.*

ABSTRACT: *“Goodness is noiseless”. “Truth never shows up fancily dressed”. So happens with Barbiana and Lorenzo Milani; a rural school hidden in a forsaken hamlet– even more adequate metaphor would be: a lonely ant in the middle of the Sahara desert– plus a “priore” well wound up and brewed by his brothers in the priesthood and by the catholic hierarchy. A freshman in the role of maestro without having experienced a previous training (a sort of tightrope walker without a security net). One and the other, school and master, despite forsaken in the crude and adverse nothingness and thus condemned to everybody else’s oblivion, have become in a peerless model of the twentieth century’s education. These are the reasons I sustain to this assertion: a theory saved by its simplicity; the argument questioned about the mysterious ethos at the core of education; an example of the antidote against the toxic utopia; and for the powerful potential of exemplarity which it contains.*

Keywords: *Lorenzo Milani; Barbiana School, avant-garde education*

Afirmar, como así lo hago, que Milani es el grande del siglo XX puede expresar no más que preferencias personales, acaso irracionales de quien, obcecado, ha dedicado a estos asuntos algún que otro tiempo y esfuerzo. Suele ocurrir. Y cuando es así hasta uno mismo es incapaz de dar razón de ello, como es difícil expresar con convencimiento pleno que Zurbarán supera a Ribera o que García Márquez sobrepasa a Cela.

Ahora bien, tal afirmación puede que se sustente en razones objetivas, y en este caso uno está obligado a exponerlas y a renglón seguido sustentarlas adecuadamente, sin entonces recurrir a querencia alguna cuanto a criterios intersubjetivos. Y como esta última es mi posición, me veo obligado a dar razón, o mejor razones. Lo que sigue no es más que este esfuerzo: dilucidar lo que hace ya décadas fue primero una mera inclinación, sí bien fuerte hacia Milani y Barbiana, para convertirse poco a poco en convicción crítica.

Me apoyaré para defender lo que digo en cuatro razones y en tres hechos.

La primera de las razones es la *simplicidad de la teoría*.

En Milani no se encuentra, en contraste vivo con otros grandes de la educación del siglo XX, una teoría, o elaboración parecida, previa a la acción y a la escuela, es decir, a San Donato y a Barbiana. Sí hay unas coordenadas ideológicas generales que se organizan coherentemente en un orden teórico en la Escuela Nueva, como hay en Neill un cuerpo de proposiciones largamente elaboradas en torno a la idea libertaria, o las hay en Freinet, y de ellas se derivan necesariamente una escuela, una docencia e incluso una educación a poco que se escarbe, esto es, una normativa precisa y coherente que se sigue de un previo universo teórico general. Esto es así también en Freire, el grande con mayor número de afinidades con Milani –¡y no en poca medida y similitud!–, porque además de ecléctico y prolijo, en él la teoría construida es imprescindible para dar con el sentido exacto que quiso para su educación y método (fin y procedimientos). Y no olvidemos que cosa parecida ocurre, aunque en tono menor y sin la

altura de estos grandes, en nuestras facultades de educación: para llegar a una cualificación reconocida en el ramo es precisa toda una indigestión teórica previa, absolutamente necesaria –se suele añadir–, acopio de mixturas y refritos de varias ciencias, interdisciplinariedad ineludible, didactismo imperante, casi siempre de raíces positivas y científicas o de la ideología a la moda, que ocupa las mentes de los estudiantes durante años. (Es forzoso apuntar aquí, aunque sea al paso y entre paréntesis, que ninguno de los grandes del siglo pasó por una facultad de tal guisa, ni entendió nunca –para más regodeo, en este caso actualísimo– de competencias, sagrada palabra hoy. ¡Pobres!).

Nada de esto, repito, se encuentra en Milani. Ni al parecer nada de esto necesitó para zambullirse en la escuela y dar excelso ejemplo de buen hacer y mejor proceder (y de nuevo el paréntesis que quiere ser puntilla crítica: ni estudió teoría o historia, didáctica, ni organización escolar... ¡pobre hombre, qué desventurado!). Por lo que sé, ni Barbiana fue el parto de un largo embarazo teórico ni tampoco lo fue *La Carta*. Sólo se encuentran en él, en el lugar de las teorías –hay que reconocerlo–, unas cuantas y profundas convicciones... ¡religiosas! ¡¡Oh por Dios, y nunca mejor llamado!! Esto es, una sotana, por si se quiere ahora una imagen plástica, en la que simbólicamente se asienta la escuela y todo su quehacer. Y un sacerdote católico, si bien no cualquiera, fiel a un compromiso pastoral genuino y asumido con radicalidad (¡Pastoral!, oh Dios mío otra vez; ¿pero qué tiene que ver esto con la educación?). Y no más.

Y de nuevo el apunte crítico. Si esto es así, y no tengo dudas al respecto, deberíamos sopesar la evidente contradicción con la formación al uso de los educadores y a renglón seguido reconocer con pasmo el hecho de que un hombre sin formación especial, adornado no más que con un haz de creencias, se convierta en un modelo paradigmático y vanguardista de la educación. O la educación no necesita de una explicación positiva tan compleja como creíamos y basta con un buen artesano con fundadas ideas para darle cumplida respuesta, al modo milaniano y rozando lo sublime, o nos reafirmamos en el modelo actual, que a poco que nos descuidemos construye tormentas, según el parecer más extendido de la opinión pública.

La segunda de las razones que me lleva a tal afirmación sobre Milani radica en el puesto nuclear que ocupa en su propuesta escolar *la pregunta por el misterio*, o por el sentido, si para algunos lo del misterio les da vértigo. Y no me refiero a ninguna creencia o color concretos y por ende excluyentes, cuanto a la presencia radical e ineludible de la pregunta.

Hay un curioso título de una monografía que lo expresa con meridiana rotundidad: *El infinito en todas direcciones*. No se trata de una obra filosófica al viejo modo, religiosa o antropológica, sino de física, que quiere mostrar la doble escala cósmica contradictoria que se extiende hacia un universo que desborda la inteligencia humana, y el que se prolonga en el microcosmos de las partículas constitutivas de la materia, ínfimas y fundantes, donde tampoco la inteligencia encuentra un límite. Dos mundos infinitos, el cuántico y el relativista, contradictorios, inconectados e inconectables por ahora, que ponen a prueba la razón positiva y suscitan el vértigo (en este caso no existencial, por ciento, sino gnoseológico). Algo parecido, por similitud, se puede decir de cualquier situación existencial humana, punto singular rodeado por dos negruras: volver la vista hacia atrás y preguntar supone aceptar un espeso silencio por respuesta sobre el punto de partida y nuestro origen (la razón científica se queda en la mera probabilidad biológica, insatisfactoria a todas luces), y proyectar la pregunta hacia adelante, en torno al fin y la estación de llegada, obliga a aceptar otro gran silencio, porque la razón moderna aquí sí que guarda un espeso silencio (la pregunta finalista es un pecado científico).

De común, la actual propuesta sobre educación ignora tanto este planteamiento como la pregunta que lo acompaña, como si no fueran constitutivos del ser humano. Negación o alergia, quién sabe, quizá ambas cosas a la vez. Sea lo que fuere, poco o ningún hueco hay para ello, por razones mil, quizá también herencia grave de la Ilustración (luces que proyectan a veces tanta sombra). Y además no todos los grandes de la educación contemplan la pregunta en sus propuestas teóricas o prácticas, y cuando así lo hacen suelen ubicar la respuesta en fines de mera contingencia: revolucionarios, socioeconómicos,

político-históricos o de realización individualista, cuando no psicólogos y de rendimiento (en este último caso no se sabe bien con que fin, o mejor no se expresa, aunque a veces se sobreentiende: a la novia, a fuer de enseñar puntillas –diría socarronamente el rústico–, se le ve lo no se quería enseñar).

Esta real y radical situación del hombre y del misterio que le adorna, la aborda Milani y la responde con idéntica radicalidad, y por lo que se sabe desde muy joven, pues está según los estudiosos en los años de la conversión. La respuesta la ubica en la “religación” religiosa, la religión (otra palabra plena de sospechas hoy), a la que conecta con la educación y con la escuela, o quizá mejor: en Milani la creencia **abre** la puerta a la educación y a Barbiana. Estamos en el núcleo duro o en el primer fundamento del Milani-maestro y en el origen de todo lo que interesa aquí. Hasta tal punto que cabe preguntarse si Barbiana hubiera sido posible, y Milani con ella, sin este trasfondo religioso, que para él es católico, para él, porque afecta a su ser de sacerdote y a una vocación pastoral asumida como proyección vital total. Pero atención, que no quiere católica para todos, clerical, impositiva y única (un medio católico que no haga hueco para el ateo y agnóstico –diría– no es cristiano, como lo dijo también para la escuela y podríamos decirlo aquí para la universidad). Fue un sacerdote con sotana, que asumía en toda su significación temporal, pero nunca quiso que nadie se aferrara a su sotana y a nadie le exigía tal, como no lo hizo en San Donato o en Barbiana. Tal cosa, de producirse, “capaba” su proyecto y vocación, lo destruiría desde dentro, le pondría barreras y fronteras. Pero además su catolicismo se lo impedía –bien lo sabía él– aunque sólo fuera por la mera definición del término. Y aquí radica esa tempranísima y lúcida posición laica que lo define, y la sorprendente afirmación de que Barbiana era una escuela cristiana aconfesional. Toda una apuesta frente a las posiciones católicas predominantes entonces y en gran medida hoy, un revolcón al confesionalismo educativo, cerrado sobre sí y excluyente del extraño, que mira aún con sospecha al prior de Barbiana. La crítica de Milani al respecto fue durísima y lo sigue siendo: los confesionalistas suelen ser los de fe más vacilante, su grandioso proyecto ha

parido un ratón –el ratón del rendimiento individual, que se vende a la reproducción social al uso–, han alejado y espantado a lo mejor y más lúcido, y el ansia por los títulos y el reconocimiento les hace serviles para el dios-dinero. Una escuela católica de esta guisa no sólo es un camino equivocado, traiciona además su vocación más íntima.

La tercera de las razones refiere a un Milani al que considero el ejemplo excelso de *la vacuna contra la utopía tóxica*, o, en mejor y más precisa formulación, contra la parte tóxica de las utopías. Intentaré explicarme, pues la referencia a la utopía esta cargada, por lo común, de connotaciones positivas y la adjetivación de “tóxica” puede levantar suspicacias.

Todas las vanguardias conllevan, por el solo hecho de hacer propuestas que alejan o rompen con la prosaica cotidianidad y la costumbre, una proyecto de mayor o menor radicalidad. No escapan a ello las propuestas vanguardistas en educación, ni tampoco al peligro intrínseco que las acompaña. No hay tendencia innovadora que deje de definir, mediante esas formulaciones teleológicas, la educación, la escuela y los procedimientos que le serán propios, formulaciones que, como dije antes al referirme a las utopías en general, revisten una mayor o menor rigidez, y por ello mismo una mayor o menor exclusión también. Porque en la medida en que acentúan los fines, delimitan, acotan, determinan y también empobrecen: mesianismos, en el extremo, que pueden volverse tórridos, cofradías de aceptos y convencidos, quioscos mínimos donde se vende mercancía exclusiva para los abducidos, conventículos asfixiantes, tribus identitarias excluyentes del que no es de los suyos. Este es el plomo que la utopía lleva de común en las alas: siempre hay un doctrinario que sabe qué es lo mejor, por encima de las preferencias ajenas, que sabe lo que conviene a todos, aunque le digamos lo contrario, y que sabe cómo conducirnos a tal puerto. Mi educación –suelen decir estos extremistas bienintencionados– es LA educación, mi escuela es LA escuela, mis procedimientos son LOS procedimientos. Déjate llevar, añaden, nosotros sabemos lo que te conviene.

De una posición así, más o menos radical –muy a menudo más que menos, cuando se trata de utopías – se sigue de común el contraste con los otros, y, en la medida que ese contraste se endurece, aparece el enfrentamiento, por muy racional y respetuoso que sea; la crítica suele pasar de la mera confrontación al choque duro, de la descalificación al insulto, por académicos que se revistan. Del cuestionamiento a la descalificación o el insulto del diferente, esto es, la patita de la toxicidad aparece, porque la axiología tórrida e identitaria del grupo que comparte las formulaciones teológicas así lo pide al elevarlas a universales y exclusivas (¡estos son los nuestros! ¡esto nos define!; fuera no hay realidad). Y si de la educación pasamos a ámbitos más generales donde las formulaciones finalistas adquieren naturaleza teleocrática, porque el poder y el Estado están de por medio y la utopía es general, y por lo tanto muy tóxica con toda probabilidad, este ambiente enrarecido que se puede dar en la educación se convierte en sufrimiento, más a menudo de lo que se quiere, también en sangre y en muerte. Ejemplos de este tipo en el siglo XX no faltan, con millones de muertos y ríos de sangre. Quien afirma que las ideas son inocentes y todas la utopías puras, es un pánfilo peligroso.

Curiosamente no ocurre así con las innovaciones en educación que podemos llamar metodistas, aquellas que ponen el acento prioritariamente en métodos y procedimientos, con poca o escasa finalidad que no sea la de la mejora del rendimiento y de la docencia. De hecho, si bien se piensa, la propia naturaleza de la propuesta metodista se lo impide, va de suyo, pues la ausencia de la axiología finalista y de la adhesión identitaria le ahorra rigidez y le proporciona un mayor alcance: puede ser participada por muchos sin mayor cuestionamiento que una neutras normas de procedimiento. Y por ello mismo suelen ser propuestas menos cálidas, más templadas e incluso frías. El seguimiento o aceptación de un método no suscita ninguna pasión, cosa contraria a lo que ocurre cuando se comparten fines y valores. Es el caso, por ejemplo de la Escuela Nueva o de Freinet, que olvidan en gran medida los fines y se centran en los medios, ganando la mano a todos los utópicos extremos, gracias a la frialdad de las propuestas, clave además de que ambos movimientos hayan tenido,

y tengan aún hoy, tanto éxito y conozcan una proyección universal, más allá de las ortodoxias y de las cofradías tórridas que se cuecen en la propia salsa que exudan. Porque *prima facie* ambos –como se dice más arriba– no tienen objetivos ni formulaciones finalistas adhesivas o adictivas (salvo las orientadas al éxito docente), si bien un análisis más profundo –que aquí no cabe, por cuanto nos aleja de lo que interesa– quizá nos diera alguna sorpresa, aunque en principio la neutralidad y el respeto, valores fríos y neutros por antonomasia, sean sus valores centrales.

Permítaseme, en contraste con los metodistas, poner dos ejemplos de toxicidad axiológica, si bien ligera, con protagonismo en Freire, por eso de que es uno de los más grandes del siglo XX y por ser también, ya lo he dicho, el responsable de una propuesta en educación muy cercana a la de Milani (fundamentos y procedimientos parecidos), para algunos casi gemela o cercana a tal condición.

Pongamos el caso de la educación bancaria y de la crítica que de ella se sigue. Repasar, por ejemplo, las consecuencias negativas de esa crítica, en su pura radicalidad (mitifica la realidad, inhibe la creatividad, domestica la conciencia, elimina la capacidad crítico-reflexiva), es casi un insulto –entiendo que académico, por supuesto, pero no en todos los casos–, que produce una sonrisa irónica, a veces un tanto sarcástica, en quienes como yo mismo y gran parte de la humanidad, se ha formado en ese “bancarismo”, y que de ser verdad lo que dice no podríamos llegar a un estado de concienciación como para comprender lo que propone, e incluso sufriríamos, sometidos a tal tortura académica durante años, de varias invaginaciones cerebrales irrecuperables. Sonrisa, esta nuestra, que es pura y dura ironía cuando quien sonrío, ante tal crítica, es Harvard, representante máximo –¡no hay que dudarlo!– de la clonación y del “bancarismo educativo”, que incluso invitó a Freire a una estancia allí, precisamente para valorar la innovación metodológica (no sin una fría distancia, por lo que puede deducirse de toda la historia), que no el proyecto global, el auténtico y plenamente genuino, sobre el que le hizo saber de mil modos y maneras, muy educados por cierto, que no tenía ningún futuro en esa Universidad, como tampoco tenía futuro el mismo Freire,

un sujeto honesto a carta cabal, pues así lo reconoció él mismo en las conversaciones de Salamanca en 1984.

Tal es también el caso de Freire en los fines cuando desborda los iniciales y ubicuos que justifican la alfabetización-concienciación, para proponerlos, un tanto pretenciosamente, en universales y exclusivos. Cuestión esta que ya he tratado en otro lugar y que retomo aquí precisamente por las similitudes que guarda en los fines con Milani, al tiempo que una gran distancia. Me explico. La opción o propuesta de Freire lo fue para los oprimidos de Brasil, muy bien definidos y realidad histórica y humana muy concretas. La alfabetización-concienciación, pegadas ambas indisolublemente al método (por separado son una desvirtuación y una manipulación que ya se conoce, por experimentada) y ubicadas en el nordeste brasileño, o en situaciones parecidas, cobran pleno sentido y significado, y precisamente en ello radica su grandeza. Pero Freire fue deslizándose poco a poco a posiciones más radicales, más universales y exclusivistas en los fines, de manera tal que puede rastrearse en la obra publicada el salto de la educación del oprimido a la propuesta de panacea educativa sin fronteras ni lugar, hasta el extremo de afirmar que en ella radica la superación de la deficitaria realidad actual: “la conquista de una situación plenamente humana, superadora de opresores y oprimidos, no será tarea de los primeros, que se encuentran deshumanizados, sino de los segundos, los oprimidos, capaces de generar de su *ser menos* el *ser más* de todos”. ¿Qué otro sentido tiene el primer apartado del capítulo primero de *Pedagogía del oprimido*, precisamente titulado “Justificación de la pedagogía del oprimido”?

Milani escapa a esto, nunca encalló en tal escollo o cayó en semejante trampa, entre otros motivos porque nunca pretendió ser un vanguardista y le importaba una higa la vanguardia de tal guisa y los mundos paralelos a ella¹. Su opción fue por los marginados y abandonados, por los olvidados en la cuneta de la vida (no debe olvidarse

1 Es sabido que Freire acepto algún que otro doctorado y varios reconocimientos académicos, cosa que se hace impensable en Milani. Es fácil imaginar la escena ante tales propuestas, que nunca se hicieron, claro está, y los exabruptos que Milani hubiera proferido mientras mandaba montaña abajo a estos hipotéticos personajes.

aquí la conexión con la pastoral y la religión). Por los pobres, se dice. Y nunca se movió de ahí, como tampoco se dejó atrapar por una interpretación materialista y simplista de “pobre”, avocada a tanto mesianismo rampolón como potente en apasionamiento y peligro: la cabeza humana suele perder el tino ante tal exudación cerebral, con las consecuencias que conocemos allí donde se hace realidad, esto es, la generalización y aumento de la pobreza que se quería erradicar. Tengo para mí que Milani fue aquí mucho más agudo que los que así lo interpretan. El pobre material no es opción para él en sí. Lo es, sí (y esta es la principal razón), porque va asociado a otra pobreza más profunda, a una pobreza constitutivamente humana, que acarrea como consecuencia formas de vida inhumanas. El pobre es pobre no porque no tenga, ¡que también!, sino por el horizonte constreñido que supone esa pobreza material: el horizonte vital se estrecha de modo tal que hace la vida inhumana, es decir, el ser humano no alcanza tal condición y vive animalescamente o reproduce modos animalescos de vivir. Y, como digo más arriba, creo que nunca se movió de aquí, nunca engañó a nadie, como tampoco consideró que su escuela era LA escuela y que su hacer era EL hacer por antonomasia. Michel y Francucho fueron el paradigma y el foco de su atención, concreta, y en ellos se volcó. Ellos eran los pobres, los capados humanamente, los condenados por anticipado a modos modernos de esclavitud. Y aunque su crítica se movió, lógica y consiguientemente, hacia otras formas concretas de educación, como era el caso de la escuela y la Maestra a la que dirigieron *La Carta*, no las insultó, pero sí rechazó. Pierino, prototipo de esa educación, merece conmiseración, nunca insulto, porque no llega sino a la mitad de la realidad, en ello radica la crítica. Y de Pierino nunca se ocupará ni le dedicará ni un solo esfuerzo: entre el hijo de Barbiana y Pierino –se decía–, abrimos los brazos al abandonado y damos una patada en el culo al hijo del médico. La suya, la de Pierino, como la de Barbiana son dos realidades muy diferentes, ni subsumibles, ni absorbibles, ni confundibles. La educación de Barbiana no es LA educación. Milani es el antídoto de tal peligro.

Por último, la cuarta razón que me inclina a considerar como lo hago a Milani y a Barbiana entre los grandes del siglo XX radica en *la expansión posible* y ejemplar que pueden tener el uno y la otra. Si bien cosa muy distinta es que ocurra así.

He dicho antes que la expansión más fácil está en las propuestas metodistas, que por su propia naturaleza de neutralidad no molestan a nadie ni suscitan sospechas. Son al modo de comodines útiles, ajenos de común a adscripciones finalistas rígidas, de axiología fría o muy fría que no encierran en capillitas asfixiantes y exclusivas ni tampoco enfrenta en luchas ideológicas inútiles y radicales que enquistan en lugar de abrir horizontes.

Supongo que no será necesario aclarar ahora, después de todo lo dicho, que ni Milani ni su escuela pertenecen a este tipo de propuestas metodistas, aunque la que se desarrolló en Barbiana no sea de baja importancia y merezca una alta consideración por sorprendente y genuina. Me atrevería incluso a decir que sólo por ella, sin tener en cuenta la médula que la alimenta (cosa difícil de pensar y más aún de separar), merecería una consideración de primer orden. El periódico, la lectura y escritura colectivas, el arranque en la enseñanza de la realidad concreta y con sentido, las sesiones de interrogación, el pleno tiempo, etc., no son aportaciones baladíes.

No, Milani no es un metodista, lo que en él hay de este tipo está ordenado a un fin, en el que cobra sentido y significa. Muy al contrario, Milani es un finalista claro, impulsor de una propuesta que demanda no quedar impávido ante ella, para bien o para mal, a favor o en contra. Milani no es un neutralista ni Barbiana supone una educación equidistante. ¿Significa ello que, precisamente por esa misma naturaleza, Milani está limitado en la expansión y en la ejemplaridad y condenado a la clausura en una capilla de adeptos, convencidos o abducidos, y por ello mismo condenado al cisma entre defensores y detractores de la ortodoxia, como de común lo hemos visto en otros casos y escuelas? ¿Son quizá Corzo y Miquel Martí los jefes de una tribu milaniana española, entre otras? Mi parecer, pobre y limitado, es contrario a esto último. Creo que Milani, aún siendo un finalista, reúne las mejores condiciones para la expansión, cosa distinta es que

esto sea así, que la realidad parece ser otra y que Milani no haya encontrado la expansión que merece. Milani está muy lejos, repito, de la capilla asfixiante y excluyente, incluso me atrevo a decir, como lo he hecho más arriba, que rehúye de lo que de exclusivismo capillista signifique su sotana. Bien mirado, ser maestro y abrir escuela es en él una consecuencia de una opción pastoral fundante, y lo que persigue es una propuesta católica, en el pleno sentido y original del término (universal, sin limitaciones), aconfesional (¡ándale Dios!) y laica, que no excluye a nadie, ni por adscripción religiosa (Dios no tiene religión) ni por adhesión política o doctrinal (a no ser inhumana). En consecuencia, no buscó ni imitadores ni seguidores (forzoso es repetir aquí, para que quede meridianamente claro, que no fue su intención nunca ser un vanguardista de la educación, y menos aún lo buscó), salvo la intención primera y fundamental de no dejar a los abandonados y apartados (su fe se lo pedía antes que cualquiera otra consideración). Y esto, por una parte ubica y circunscribe la educación milaniana a unas circunstancias muy concretas (la pobreza, la marginación, la inhumanidad en todas sus manifestaciones y consecuencias), al tiempo que lanza un mensaje universal a la escuela, a toda escuela, que postergue, excluya, violente y olvide a los que más necesitan conquistar la plenitud de hombres.

¿Entonces, por qué Milani no encuentra el eco que merece, por qué no se expande al mismo ritmo e intensidad que lo hacen otras escuelas y educaciones? Es sabido que en Italia se le conoce y considera –mucho, al decir de Corzo–, si bien no sé si también la educación italiana recoge y hace lo que Milani hizo y dijo. La Iglesia, que lo repudió, escupió, ocultó, maltrató y casi expulsó, ha ido a rezar recientemente a su tumba, pero el mundo cristiano es inmenso y variopinto, la inercia católica muy grande, y a pesar del reciente reconocimiento y del chispazo del Papa, en una masa enorme y cargada de mucho lastre institucional, estos gestos pueden no ser nada a poco que pase el tiempo, puro olvido cercano mañana o abrazo institucional en un nuevo relicario que lo desnaturalice. Ya veremos. ¿Y en España? Poco en verdad, salvo los esfuerzos iniciales de Miguel Martí, los incansables y constantes de Corzo y el testimonio de

los maestros milanianos. Corzo ha escrito y traducido, divulgado y desplegado una importante actividad, pero a pesar de los denuedos, mantenidos durante más de cuatro décadas, forzoso es concluir que entre nosotros ni Milani ni Barbiana han tenido la actualidad y la vigencia que debieron haber tenido. Los estudios o las monografías, que no fueran sino las de los dos citados, no han existido ni existen aún, la inclusión en los programas de los estudios de educación se podían contar no hace mucho con los dedos de una mano, y en gran medida aún hoy (la universidad le ha ignorado, a él y a su escuela), la divulgación potente de “Cuadernos de Pedagogía” lo fue con mucho retraso (y no sin sorpresa sonora de parte de los popes de la inteligencia: ¡¡pero quién es éste para colocarlo al lado de los grandes del siglo XX!!) y sólo muy recientemente se le cita y estudia en manuales universitarios de una asignatura. Y no con mucho acierto, a mi entender.

¿Por qué, qué razones hay para ello? Mi parecer es el mismo aquí que el que he oído siempre a Corzo, acentuado en algunos aspectos por la concreta circunstancia española, para bien y para mal, más esto último que lo primero: la sospecha aparece con la sotana —entre nosotros esto es fundamental y expresión de la cortedad de los planteamientos—, y, en segundo lugar, la radicalidad de las posiciones de Milani, nítidamente católicas sin concesiones, espanta a ingenuos, que los hay, y muchos, y a confesionalistas.

¿Es todo? No. Algo añadiré cuando aborde más adelante la actualidad y vigencia del mensaje milaniano.

*

Y expuestas las razones, paso a los hechos. Hechos que me entenderán poco. No será necesario, por puros hechos, razonarlos. Bastará con mostrarlos. Estos son: asombra el lugar apartado y recóndito de la experiencia, también la simplicidad de los recursos junto a un mensaje potente, vivo y fresco aún.

Hay algo en la escuela de Barbiana que la acerca al milagro, al chispazo ideal, casi surrealista. Empresa de parecida altura sería lógico verla nacer en un medio más apropiado, rico y complejo, y, en

especial, con calado cultural y tradición asentada al respecto. Y he aquí que uno de los paradigmas aleccionadores de la educación del siglo ve la luz en una alquería apartada, más que apartada, olvidada por los hombres y dejada de la mano de Dios (nunca mejor dicho), de densa costra consuetudinaria, poco o nada lúcida, a veces inhumana, y de tipos tan vaqueteados por la historia que sospechan, en palabras de Milani, de la propia sombra, cuanto más del extraño a la montaña. De común es de esperar que una escuela tal, como la de Barbiana, nunca fuera posible allí. De común, digo, porque lo grande, mal que nos pese, sí aparece entre los últimos, y ahí está Freire (otra vez Freire coincidiendo con el cura-maestro) para demostrarlo: ¿alguien esperaba que del nordeste brasileño surgiera tal modelo? Y vuelvo a incidir en lo dicho: más aún de la mano de un sacerdote italiano o de un brasileño licenciado en derecho. ¿Quién podría esperar que de Barbiana sugiera lección tal sobre la educación, proceder en consonancia tan peculiar y denuncia sobre la escuela y la exclusión? ¿Quién esperaba que en San Donato y luego en la montaña apareciera mensaje tan prístino, duro y exigente al mismo tiempo para la Iglesia católica y para los mismos católicos, o que hubiera tal crítica para la escuela acomodaticia y excluyente?

Y si llama la atención sobremanera que tal chispazo surgiera en un olvidado rincón serrano, no asombra menos la simplicidad de los recursos para la empresa: una habitación amplia, unos bancos y unas mesas, una estufa en el centro para los meses fríos, unos cuantos libros y unos muchachos con muchas ganas de explorar e informarse. Así se ve, al menos, en las fotos de la vida escolar cotidiana. El ingenio desplegado para tal escuela al lado de los escasos recursos es sorprendente y llama a la reflexión. Porque si hay hoy una palabra-comodín que se asocie de inmediato a la educación y a la escuela es la de inversión o la de costes, y no se concibe escuela alguna (y escuela de “calidad”, como en la jerga actual es común) sino bien abonada, en binomio indisoluble, con una generosa capa de recursos y dinero. Por contra, nadie podrá decir que Barbiana y Milani no encierran grandeza y calidad, en este caso calidad de altura, como nadie podrá negar que Freire y los círculos de cultura popular –una

vez más tan cercano el brasileño al italiano— fueron otro ejemplo en el mismo sentido: productividad máxima con mínimo coste (para decirlo en la jerga económica). El misterio, casi milagro material, es verdad que queda atenuado con la condición célibe del cura y la dedicación a pleno tiempo sin remuneración, y en esta línea tiene tanto sentido la llamada que hace Milani al celibato del maestro como también la crítica objetiva que se le puede dirigir a tal imposibilidad. Pero no deja de asombrar el hecho y de deslumbrar tanto la experiencia como suscitar a reflexión.

Hay un tercer hecho que atañe a la vigencia y a la actualidad del mensaje, de *La Carta* y de Barbiana. Al respecto repetiré algo que ya dije más arriba cuando traté sobre la expansión y ejemplaridad de todo esto.

En Italia pocas dudas caben al respecto: noticias, ediciones, monografías e incluso documentales se suceden y se vienen sucediendo desde poco después de la muerte de Milani. La última edición de las obras completas mereció un comentario papal y los actos del pasado 20 de junio en Barbiana dicen, muy a las claras, que el legado de esa escuela y de su “Priore” será reclamado (¡Dios dirá cómo!) por la Iglesia católica, al menos.

Ente nosotros y en los medios pedagógicos, díganse los más cercanos a la vida académica y universitarios, la actualidad y todo lo que tiene que ver con este sacerdote es, a todas luces, mucho menor de la que merece. Consideremos una vez más como ejemplo a una figura de parecido corte y altura, la de Freire, y veremos, a poco que indagemos, la enorme diferencia: Freire pasa por ser un gigante de la educación del siglo XX, mientras que Milani es, en término generales y salvo pequeñas excepciones, un gran desconocido. Aunque esta situación va cambiando, si bien lenta y progresivamente.

¿Las causas? ¿Es posible que la sotana lo explique todo? Creo que no. En mi opinión apuntan a otros motivos que atañen al caldo cultural que hoy es hegemónico en Occidente. La sotana espanta, ha espantado y espantará a todos los simples: a los unos porque la simplicidad que les habita les impedirá el mero acercamiento serio a estos asuntos, a los otros porque la radicalidad insobornable de

Milani les hace pensar que es indigno de tal indumentaria y de lo que significaba entonces. Por el contrario, creo que la causa hay que buscarla en otra parte. Porque Freire (y siempre Freire al lado de Milani, querámoslo o no) ha proclamado de manera abierta y rotunda su catolicidad, es más, ha puesto a ésta como pivote fundante de su mensaje y de su trabajo, sin que ello le haya pasado factura o le mermara la consideración más alta en el altar de la pedagogía actual. La clave está, a mi modesto ver, en que Freire –y su obra escrita en especial– convive muy bien con medios ideológicos muy potentes y hegemónicos de hoy, mientras que Milani ni lo pretendió, ni invirtió tiempo en tal empresa, y le importaba muy poco todo ello. El caldo ideológico imperante en Occidente desde hace décadas, mundo intelectual, editorial, universitario y cultural en general, se ha venido caracterizando por dar la vuelta al clásico principio fundante: “*sua- viter in modo, fortiter in re*”. Se trata, en efecto, de esa flojera de pensamiento que no se atreve con los principios, de ese relativismo diluyente, de ese buenismo que hace culpable a todos menos al que provocó la brecha y lanzó la piedra, por decir algo, porque también el mero hecho de decirlo levanta sospechas, cuando no insultos, pero no razones. En tal contexto ideológico y modo de pensamiento Milani es incompatible, un imposible: la verdad fue su norte y guía, los principios pueden ser compartidos y discutibles, no ninguneados, las componendas con lo fundante un imposible. Esto es, Milani dentro de la tribu que tiene como norma prohibido prohibir, salvo lo que esa misma tribu prohíbe muy a menudo, es imposible. El choque hubiera sido frontal y contundente, y si bien Milani no llegó a vivirlo ni a experimentar ese mundo (en este sentido se murió a tiempo), estoy seguro que hubiera vomitado tal asunto y mandado literalmente “a hacer gárgaras” a quienes así proceden.

Y en contraste con todo lo anterior –termino– está la fuerza viva del mensaje escrito. *Carta a una maestra* sigue ahí, traducándose y editándose, de rabiosa actualidad, tanto la crítica a la escuela que repudia (“Tira la pluma, atrévete maestra”) como la propuesta propia. *Experiencias pastorales* contiene, desde hace ya seis décadas, un mensaje explosivo para las conciencias cristianas y una toque

Por qué creo que Milani es el gran pedagogo del siglo XX

general, de llamada a la reflexión y cambio de rumbo, a los católicos, cuando no un rosario de anotaciones sobre educación. La *Carta a los jueces* y *La Carta a los capellanes castrenses* son dos cargas de profundidad a la conciencia de los ciudadanos que quieran ejercer como tal. En *Una muralla de papel e incienso* se experimenta, al menos para mí, la fuerza de la cuchilla de afeitar que es la palabra certera y verdadera sobre la untosa costra que secularmente se ha vendido. *La Carta a Pipetta* la claridad meridiana del cristiano ante el que te quiere sólo como tonto útil. Y....